

EL EXTRAÑO CASO DE *EL DISCURSO DE LA FIDELIDAD*

(Una crítica bibliográfica)

Por ALVARO TORO *

LEAL CURIEL, Carole: *El discurso de la fidelidad* (construcción social del espacio como símbolo del poder regio, Venezuela, siglo XVIII) (Fuentes para la Historia Colonial, N° 208). Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990, pp. 319.

I

A esa ficha técnica habría que añadir varias cosas más. Como el lector de esta obra puede informarse leyendo su contratapa, su autora, Carole Leal Curiel, es antropóloga egresada de la Universidad Central de Venezuela, y cursó luego una Maestría en Ciencias Políticas en la Universidad Simón Bolívar; trabajó en la Academia Nacional de la Historia —que ahora le edita esta obra— como Asistente de su Director y coordinadora de su Boletín. Esta es la segunda investigación que esa institución le publica, en realidad.

Trabajó en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) junto a un equipo de talentosos y experimentados profesionales universitarios, encabezados por Luis Castro Leiva. Y aquí saltaremos, por lo pronto, de lo meramente técnico, ya que Carole Leal nos dice, en la “Introducción” a esta obra, que: “Este trabajo surgió en el marco de una investigación anterior” desarrollada en esa institución. Se trataba, entonces, de “indagar sobre los orígenes ‘discursivos’ de la emancipación política venezolana”.

II

En *El discurso de la fidelidad*, ahora, Carole Leal amplió el alcance de aquel análisis de discurso a un análisis de la acción: estudia “actos ceremoniales” como metáforas de la acción. Es decir, el uso que la autora hace de la palabra “metáfora” es, en sí mismo, metafórico: la aplica al ámbito de la acción, trayéndola del limitado campo del discurso. O, en otras palabras, y yendo al grano: cree que discurso y acción son lo mismo.

Así lo dice, como si cualquier cosa, en la nota 8 de su “Introducción”, que a nadie que lea este libro debe pasarle inadvertida: “Se parte del supuesto de que el habla es acción (actos de habla o actos lingüísticos), esto es, que se transforma en praxis y que en ese actuar que cumple la emisión del decir hay lugar para unas maneras de actuar o de hacer actuar a otros”. Nunca se recomendará

* Investigador adscrito al Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia de la Historia.

lo suficiente a todo aquel que aspire a ser un lector crítico que ponga suma atención a las notas a pie de página: son, casi siempre, muy reveladoras; puede decirse, por usar un ejemplo grande, que todo el *Contrato Social* está en una de sus notas.

Carole Leal, pues, en esa nota nos revela su principio o punto de partida, su base teórica primera, su premisa más importante. Pero por ser eso precisamente, la autora ni la cuestiona ni la examina: la da por sentada y, a partir de ella, desarrolla un prolijo, inteligente e interesante planteamiento teórico, expuesto aparte, al final del texto, en uno de sus dos "Apéndices".

Sobre la base de los párrafos anteriores, hay dos elementos muy importantes de esta obra que nos interesa resaltar; una crítica de fondo que formular, y una apreciación general que expresar. Pero antes de ello, queremos decirle al lector posible de este trabajo por qué debe leerlo; después volveremos a los puntos esbozados y nos dirigiremos, fundamentalmente, a —por decirlo así— la gente del oficio.

III

El discurso de la fidelidad es un libro hermoso. Es una obra muy bien articulada, en sus dos partes: la primera se refiere al contexto o marco en el cual se daban los "actos de fidelidad", objeto central del estudio; la segunda al orden que esos actos sostenían y del cual eran parte integrante. Carole Leal ha seleccionado tres relevantes "actos ceremoniales", propios del período de nuestra historia que hemos llamado, por costumbre, colonial, cuando éramos una de las muchas provincias de la Gran Monarquía española y nos regíamos por sus leyes. Ellos son: las exequias, celebradas en todo el vasto Imperio cuando moría un soberano; las juras, cuando uno nuevo ascendía al trono, y los actos de fe, cuando se leían edictos y anatemas.

De cada uno de ellos nos hace una especie de "estudio de caso": respectivamente aborda, en detalle, los actos celebrados en Caracas cuando murió Carlos III (14 de diciembre de 1788), la ascensión a Rey de su hijo Carlos IV y los actos de fe de Caracas en 1779. Basándose, sobre todo, en una muy completa investigación de archivos, e ilustrando las ceremonias con planos, en los cuales se nos muestra —como lo indica el subtítulo de la obra— cómo se situaban los actores en el espacio de la ciudad, escenario de esos rituales, la exposición fija los ojos al texto.

Además de esta parte, el capítulo tercero, la obra tiene otro francamente delicioso, y el más fácil de leer, el segundo: "La urbanidad de la Caracas de la segunda mitad del siglo XVIII", cuyos tres primeros apartados, los descriptivos (porque el último sintetiza y fija las ideas: es general), están organizados siguiendo los versos donde Juan de Castellanos narró la fundación de Caracas. Aunque en verdad no son puramente descriptivos: por decir algo, uno percibe que, cuando habla de la fundación de Caracas, en realidad, y a la vez, está ofreciéndonos un excelente cuadro de las fundaciones del siglo XVI en general. Así, a la belleza

formal de esa articulación se une el perfilado contenido, la sustancia, como se le dice.

El capítulo cuarto, y último, representa un notable intento de generalización: trata de los conflictos ocurridos durante, o a propósito de, los actos ceremoniales, a veces por la aparente minucia de la posesión de un objeto, otras por ocupar un puesto determinado; y su relación con la conservación de lo que Carole Leal llama el "orden ceremonial", a nuestro juicio, en este caso, y tal como ella lo concibe, muy apropiadamente.

Ya nos referimos al "Apéndice B", sobre el cual volveremos. En el "Apéndice A" se nos mencionan otros actos ceremoniales, además de los tres expuestos anteriormente, que también su autora estudió, pero que prefirió, acertadamente, mencionar apenas y fuera del texto.

También antes mencionamos la acuciosa investigación sobre la cual este libro se escribió. Su bibliografía, precedida de un comentario, está dividida en cuatro renglones bien concebidos. En el primero de ellos encontramos las obras teóricas de las que parte la autora: Roland Barthes, Jean Braudillard, Claude Levi-Strauss, Paul Ricoeur, y hasta Marcel Mauss, entre algunos otros. La lista, en realidad, es mucho más larga: los autores y los títulos son indicadores de que nos movemos en el reino de lo simbólico. Esa es la perspectiva de la autora.

IV

Con lo anterior tocamos el primero de los elementos anunciados antes que nos interesa resaltar de este trabajo: su preocupación por la teoría. En su introducción Carole Leal pasa una revista sumaria a la historiografía del período colonial: concluye que todos, de un modo u otro, han desdeñado estos actos ceremoniales; los han considerado "nimiedades" o "majaderías". Según ella están lejos de serlo: son, más bien, parte muy importante de la vida política y social de la Caracas colonial.

La autora, para probar su aserto, los examina en una perspectiva desde la cual no se les había estudiado hasta hoy y, ciertamente, pone de relieve cuestiones muy importantes. Pero, aparte de la originalidad en sí, en el tema y en la perspectiva teórica desde la cual se le estudia, lo que nos parece más importante es el simple hecho de que asume una perspectiva teórica que se ha esmerado en estudiar y en mostrarnos.

Y justo en los tiempos del post-modernismo, del declive de las ideologías; cuando uno oye constantemente en el medio la queja de que ya no hay teorías que valgan. Justo cuando tantos que, hace nada, estaban dispuestos hasta a hacerse matar por sus ideas de entonces, ahora viven y trabajan entre perplejos y desmemoriados. Esto, en sí mismo, es un valor en los días que corren. E. H. Carr decía que uno podía o no estar de acuerdo con la historia de la Revolución rusa que Trotsky escribió, pero que no podía obviarse que en ella había unas ideas de fondo, una base teórica, que orientaba toda la obra. De eso se trata. Y eso es tanto más necesario hoy día.

Carole Leal asume una posición teórica sin rubor e incluso, de pronto, nos obsequia largas notas a pie de página para hacer explícitas sus ideas, como en el apartado final de la primera parte del capítulo cuarto, sobre todo entre las páginas 196-199, en las cuales desarrolla una interesante discusión. Este es uno de los elementos que hacen de este libro un curioso caso, un libro peculiar.

V

Esta obra, prácticamente desde su aparición, ha merecido aplausos. Ganó el Premio de Ensayo, mención Historia, del Concejo Municipal del Distrito Federal. Y, unos meses después apenas, en octubre de 1991, ganó otro más importante: el Academia Nacional de la Historia-Fundación Pampero. Al momento de otorgársele, ella ya no estaba en el país: se fue a trabajar a París, invitada por Francois Xavier-Guerra, el notable historiador que dirige un instituto de investigaciones latinoamericanas en esa ciudad, heredero de la tradición de la Escuela de los Annales.

Esta obra, pues, le ha dado una fama súbita a Carole Leal. Pero lo cierto es que ella gozaba de ella entre su círculo de amigos, conocidos y, aunque en un ámbito reducido, entre ciertos medios intelectuales. Ella misma, consciente de su talento, en los muy correctamente expresados "Agradecimientos" con los cuales se abre el libro, al final, escribe: "Por último, a mis amigos por su paciente espera".

Sin embargo, dudamos que este libro haya sido leído en proporción a su fama: sin duda muy poca gente del oficio lo ha leído. Que sepamos no ha merecido, desde su aparición, una sola línea, no ya crítica, sino de comentarios en ninguna publicación. ¡Qué cosas!: hoy los libros teóricos son hojeados apenas y dejados de lado en el estante. Nuestro mundo intelectual vive una muy severa crisis. Este libro, repetimos, respira valor y audacia: no se hace problema con esa crisis. Postula, seria y coherentemente, una posición teórica. Según su autora, el libro tiene dos propósitos: uno histórico y otro teórico. "El histórico persigue reconstruir —describir— tres tipos de actos ceremoniales celebrados durante la segunda mitad del siglo XVIII en la Provincia de Venezuela". En lo teórico: "Se trata, sintentizando, de mostrar cómo los actos ceremoniales realizan en sus *formas* (uso de los espacios —posiciones y lugares— y de los objetos ceremoniales) el sentido metaforizado en el discurso del orden social y político".

VI

Y, en efecto, en lo teórico debe poner el acento la crítica, al menos en este caso, porque en este terreno hay muy pocas normas fijas. La crítica, a diferencia de la glosa, el comentario o la reseña, no es tal si no hurga hasta las raíces: hasta el fondo del mar, como decía Walter Benjamín. Para ello, primero debemos destacar otro elemento valiosísimo de esta obra: se inscribe en la historia política y en el análisis de la filosofía política, algo de lo que estamos muy necesitados y que, afortunadamente, está reclamando un espacio propio.

El profesor Francois Xavier-Guerra cerró el Congreso de Historia con el cual la Academia Nacional de la Historia celebró en Caracas su centenario, en 1988, dictando la Conferencia José Gil Fortoul. Su exposición llevó por título "Lugares, formas y ritmos de la política moderna". Al principio de ella abogó por "la restauración de la historia política", proceso hoy en curso y del cual forma parte *El discurso de la fidelidad*; "son ceremonias de fidelidad política", nos dice su autora.

Pero la obra deja en el lector la impresión de que la historia política, y la política en general, debe ser algo muy complicado, casi tanto como lo era la vieja historia económica marxista: que sólo puede comprenderla quien esté en el secreto, el iniciado, el que conoce los textos clave. En este sentido es una perversión de la política y de la historia política. Y aquí llegamos al estilo.

El estilo no es separable del contenido, aunque no sean lo mismo. El retruécano verbal, las frases engalletadas, ciertas persistentes muletillas obedecen a un planteamiento enredado: sirven para salvar las paradojas que aparecen en el camino; sólo en apariencia lo logran.

VII

Sin embargo, el texto tiene partes muy bien escritas; es decir, no se trata de que su autora no sepa escribir: en ningún caso. Ciertamente, el estilo es muy desigual. La autora parece advertirlo y, en las notas, busca aclararnos la jerga francesa semiológica que usa. Pero el libro sigue siendo enredado.

La causa de ello no es otra que la falacia que toma como punto de vista, en su formulación más directa ya citada. No, de ningún modo: discurso y acción, pese a que estén estrechamente relacionados, no son lo mismo, ni se rigen por las mismas categorías. Es por lo menos extraño que Luis Castro Leiva, quien, según tengo entendido, ha leído a Hannah Arendt y gusta citarla en sus cursos, no haya advertido a Carole Leal el texto de esa autora alemana donde traza la distinción entre discurso y acción, en *La condición humana*. Esta indistinción, esta confusión de Leal, impregna toda la obra y condiciona el estilo incluso. Y ello ocurre de más destacada manera en aquellas partes del texto que ofrecen una generalización, pero sobre todo en el "Apéndice B", llamado "Algunas consideraciones para el estudio de la metáfora", que, comenzando, afirma: "Definir la metáfora es un problema asaz complejo".

Su revisión de las teorías sobre la metáfora continúa con un resumen de Aristóteles, relegado a una larga nota al pie, en el cual se nos explica su concepción en la *Retórica*, sin citarla, basándose en autores modernos y su interpretación. Así, uno de los "problemas" que señala, de las definiciones aristotélicas, siguiendo a Ricoeur, es que "la definición de hecho *confina* la metáfora como una de las 'figuras de la palabra'", y no de la acción, a donde Carole Leal y los autores por los cuales se guía pretenden aplicarla.

Así, en esta versión de historia política, la acción, la primera y preminente de las capacidades y facultades del hombre político y de la vida pública desde

Aristóteles, es degradada. El texto trata de un análisis de discurso, de gestos, actitudes y formas simbólicas. Este intento es, sin duda, emprendido con rigor y seriedad. Pero la autora ha limitado sus luces teóricas a una sola corriente: y a una nebulosa y discursiva. Aristóteles, por decirlo así, jamás hubiera apadrinado estas ideas sobre la política ni mucho menos podría reconocerse en ese retrato.

Pero, en cualquier caso, saludamos con gusto la aparición de este libro: recomendamos ampliamente su lectura. La obra es muy original, muy difícil de comparar con otras; está bien estructurada; con ciertas reservas, bien escrita. Y abre una temática hasta ahora ignorada por la historiografía, que debe explorarse: es un texto que merece y espera respuestas.